

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 34

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Los trancos y barrancos de Alfredo Bryce Echenique

Washington Delgado

En uno de los primeros artículos de su libro *A trancos y barrancos*, hablando de las críticas que Sartre y Sciarica hacen de Stendhal, acusándolo de mitómano, Alfredo Bryce comenta «tanto Sartre como Sciarica parecen ignorar que el autor que más influyó en Stendhal fue Stendhal». Imitando en algo su aguda y juguetona frase, podríamos decir que el Alfredo Bryce Echenique amigable, conversador y anecdótico que muchos conocen acaso sin haber leído ni una línea suya, no es sino la creación literaria del escritor Alfredo Bryce Echenique. En pocos autores se produce una simbiosis tan sólida entre la vida y la obra. Cuando converso con Alfredo Bryce me parece estar leyendo unas páginas suyas y cuando leo uno de sus libros llego a creer que estoy conversando con él.

El libro que ahora comentamos es una recopilación de los artículos publicados por Alfredo Bryce, a lo largo de diez años, en revistas y periódicos europeos. Estos artículos tratan de todo o casi todo: del Perú y sus problemas; de muchos países y lugares, Madrid, Barcelona, París, México, Alemania, Praga, la Selva peruana; de libros diversos, clásicos o contemporáneos, de escritores conocidos personalmente por Bryce a admirados a la distancia; de reflexiones varias y anécdotas sin fin.

Cuando se lee este libro u otro libro de Bryce o se conversa con él, uno se queda asombrado por la cantidad de sitios donde ha estado y le han pasado cosas estupendas, así como por la multitud de personas que ha conocido y tratado, famosas y no famosas, y que han cometido o sufrido acciones desorbitadas, trágicas o cómicas. Ante el río interminable de sucesos que cuenta Alfredo Bryce, se puede pensar razonablemente que la inmensa mayoría los ha inventado y nunca le sucedieron o, lo más probable, que los inventó primero y le sucedieron después.

Los artículos periodísticos son o pretenden ser objetivos. Las reflexiones personales del periodista no se enrumban hacia su vida interior, se dirigen hacia algo, hacia un objeto. Los artículos de Bryce tienden a la objetividad, pero están fuertemente teñidos por su imaginación y por sus sentimientos. En el prólogo del libro, subtítulo reveladoramente «Derrotero de un periodista poco nato», Alfredo Bryce dice que después de haber estudiado a los grandes periodistas contemporáneos, como Truman Capote o Norman Mailer, llegó a la conclusión de que «en todo trabajo periodístico, solo es posible alcanzar la objetividad total mediante una subjetividad bien intencionada». Estas líneas, a lo mejor o a lo peor; pudieran tomarse en un sentido equivocado. Podría imaginarse, por ejemplo, que una subjetividad bien intencionada es la gobernada por la razón y no es así. Se trata, simplemente, de una subjetividad sin mala fe, inocente, sin trastienda. Alfredo Bryce es un escritor más intuitivo que racional, como lo demuestra otro texto de este mismo libro: «El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas, porque mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo». Y todavía en otro momento nos dice: «Un libro es un objeto mágico, y un lector atento puede lograr que de él surja todo un mundo. Y las obras todas en su conjunto, son la literatura». Ideas del cuerpo, libros como objetos mágicos, literatura como un mundo distinto del mundo real, son concepciones de una mente más poética que racional.

Las descripciones de ciudades en *A trancas y barrancas* son de lo mejor del libro. Desenfadadas, jugosas, a veces estridentes, a veces poéticas, nos muestran detalles sugestivos que suelen escapar a la mirada de los turistas más atentos e, incluso, a la de los propios habitantes de esas ciudades. A Madrid le dedica un largo capítulo, titulado «Historia peruana de la capital del mundo», el segundo de los seis de que consta el libro. Su visión de Madrid es negativa y deprimente. Se explica porque, como él mismo dice, cometió la canallada de llegar a Madrid desde París, donde había vivido varios años y, naturalmente, la villa de oso y el madroño le pareció «fea, chiquita, pueblón, pobre, tosca y toscota, con mucha grasa en la comida y completamente Hemingway y además todo peatón que uno se cruza por la calle podría llamarse perfectamente Paco» (56). Se explica también porque al llegar a Madrid y durante los cinco años de su permanencia allí le sucedieron toda clase de desgracias, desde ser asaltado tres veces en el correo de la calle Albuquerque, con la consiguiente pérdida de su correspondencia, hasta la de ser casi linchado por defender a un negro a quien estaban pegando. La visión depri-

mente se ve, sin embargo, atemperada, por el relato de sucesos y la descripción de tipos chistosos o extravagantes como la de los peluqueros que hablan pestes del gobierno mientras afeitan a los parroquianos, acusan de «chorizos» a izquierdistas y derechistas, y sueñan con la imposible resurrección de Franco.

De las muchas descripciones de países y ciudades que se hallan en el libro, tal vez la más deliciosa es la de Praga, la ciudad de las cien torres, llena de magia y poesía. Bryce la visita en un mal momento político, cuando ha empezado la *perestroika* en la vecina Unión Soviética, y el régimen gobernante en Checoslovaquia está a punto de derrumbarse. Pero, a pesar de que Bryce la nota triste, el encanto de Praga no se empaña: «En Praga piérdase usted lo mejor que pueda y no deje que nadie lo encuentre. Será la mejor manera de que el barrio judío le parezca uno de los barrios más extensos del mundo, con su sinagoga y el comedor judío que todavía funciona. Sin embargo, todo este conjunto no tiene más de unas cinco manzanas alambicadas, eso sí, a más no poder». La ciudad de Praga lo lleva a repetidas evocaciones de Kafka. Muchas son profundas, algunas dolorosas, y en la última destella el humor apicarado de Bryce: «Claro que una de las grandes atracciones es el cementerio judío, porque allí está la tumba de Kafka, que el mundo entero insiste en seguir visitando, cuando la suprema broma del humorista impuntual que también fue Kafka consiste en estar enterrado en otro cementerio judío, más moderno».

Los recuerdos mexicanos de Bryce son diversos, divertidos, emocionantes o jocundos. En la pequeña plaza de un pueblito, Humanitla, asistió a una corrida de toros estupenda, una sola pero mejor que todas las de las ferias de Madrid y Sevilla juntas: «por fin toros bravos, bellos, nobles. Ni una pezuña que se dobla, ni una pata coja ni un solo astado con aspecto de gallinazo engordado, menor de edad y, solo eso nos faltaba, apaleado». Su artículo «Nuevas memorias de Adriano», ambientado en México, está colmado de dichos, frases y escenas pintorescas. Por ejemplo, a un chofer de taxi en exceso parlanchín le pregunta: «¿Por qué si la cerveza *Corona* es de barril resulta ser la mejor cerveza de botella?». El chofer le respondió: «pos es igual, *no más* que diferente, señor». Más adelante, recoge varias frases de los discursos de un presidente. Copio una: «Compatriotas, estamos al borde del abismo. Hay pues que dar un paso al frente». Pero acaso la perla de su periplo mexicano sea esta: en México a los ómnibus los llaman *camiones* y a los camiones, *materialistas* porque transportan materiales. Bryce afirma que, en una calle adyacente a la

catedral, vio el siguiente letrero: «Se prohíbe a los materialistas detenerse en lo absoluto».

Como todo buen escritor, Alfredo Bryce es un lector infatigable. Sus artículos sobre libros y autores son agudos o deliciosos o profundos o todo junto. Aparte de citar por menudo a más de un centenar de escritores, Bryce comenta por extenso a catorce, desde Montaigne hasta Abelardo Sánchez León. Estos artículos sobre escritores, lo repito, son deliciosos. Esta reseña está resultando demasiado larga y no me detendré mucho en ellos, me reduciré a tres citas breves. A veces, una frase le basta a Bryce para definir a un escritor o un libro. Así, en el artículo dedicado a Onetti, uno de los mejores de la serie, dice: «Los personajes de Onetti deambulan por un espacio deshabitado, sin historia y sin futuro». A veces le basta solo una palabra, aun menos, una letra; de Víctor Hugo, después de hablar de sus amores y sus versos y cuando va a tratar de su actitud política, nos dice: «Pero las aventuras amorosas y literarias no fueron suficientes para un hombre ilimitable». En esa «l» en vez de una «n», que hubiera dado el prosaico «inimitable», está la sal de la frase. Por último, ya no un comentario ni una frase sino una cita. De la novela *La isla del segundo rostro* del escritor alemán Albert Vigoleis Thalen, cita el siguiente párrafo agudo y urticante: «A menudo causas pequeñas causan grandes efectos; si son más pequeñas pueden producir efectos aún más grandes y la ausencia de causa puede producir los mayores... Tomemos por ejemplo el mundo: fue creado de la nada y con ello ha producido la mayor calamidad que se ha visto». A pesar del buen humor que desparrama a puñados en sus obras, Alfredo Bryce, y lo dice él mismo repetidamente en este libro, es un pesimista nato. Lo es incluso en sus citas.

[«Suplemento Dominical» de *El Comercio*, Lima, 27 de julio de 1997: 15]